

## **Antropología Experimental**

<http://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>  
2022. nº 22. Texto 33: 495-508

Universidad de Jaén (España)  
ISSN: 1578-4282 Depósito legal: J-154-200

DOI: <https://dx.doi.org/10.17561/rae.v22.7220>  
Recibido: 14-06-2022 Admitido: 22-08-2022

### **¿Quedarse en casa o aventurarse al espacio? La crisis ambiental y sus ficciones**

**Adrián KOBERWEIN**

Universidad de Buenos Aires; CONICET (Argentina)  
[adriankoberwein@conicet.gov.ar](mailto:adriankoberwein@conicet.gov.ar)

#### **Stay home or venture into space? The environmental crisis and its fictions**

##### **Resumen**

El artículo presenta un análisis teórico y un conjunto de herramientas conceptuales para identificar y deconstruir críticamente lo que hemos dado en llamar, inspirándonos en Karl Polanyi (1997), las "totalidades ficticias" del debate sobre la crisis ambiental contemporánea. Estas ficciones se expresan en una serie de propuestas de intervención activa sobre la crisis, cuya fuerza reside en que son la expresión imaginaria de una dinámica institucional que empuja en contra de nuestra creatividad política negando la posibilidad (aunque no necesariamente impidiendo) de la producción de totalidades alternativas. Proponemos que la concepción sobre la totalidad de las ciencias sociales y humanas, y de la antropología social en particular, pueden aportar a la crítica epistemológica y política de estas ficciones.

##### **Abstract**

This article presents a theoretical analysis and a set of conceptual tools to identify and critically deconstruct what we have come to call, inspired by Karl Polanyi (1997), the "fictitious totalities" of the debate on the contemporary environmental crisis. These fictions are expressed in a series of proposals for active intervention on the crisis. Their strength lies in the fact that they are the imaginary expression of an institutional dynamic that pushes against our political creativity, denying the possibility (though not necessarily preventing) the production of alternatives. We propose that the conception of totality of the social and human sciences, and of social anthropology in particular, can contribute to the epistemological and political critique of these fictions.

##### **Palabras clave**

Crisis ambiental. Totalidad. Producción de sociedad. Creatividad. Imaginario  
Environmental crisis. Totality. Production of society. Creativity. Imagery

*La exigencia de superar las ilusiones [...] es la exigencia de superar una situación que necesita ilusiones (Karl Marx, 1884).*

*Si bien debe haber una actitud moral, porque sin ella no se puede cuestionar al mundo, sólo es el punto de partida. Lo que se necesita es una ciencia, formulaciones teóricas, categorizaciones que permitan comprender cómo se vinculan los hechos concretos con las totalidades (José Aricó, 1977).*

*The anthropological project calls for a holistic view. The day that anthropologists give up their attempt to ground meanings in politics and economics will be a sad day. The loss will be not so much for themselves as for the social sciences in general. For in the next twenty years or so the social sciences will be looking for just such a holistic approach that they have denied themselves by their methodological individualism. I predict a radical change of heart in the near future (Mary Douglas, 1992).*

## Introducción

La crisis ambiental es una de las principales preocupaciones contemporáneas. Está presente en el debate político, es objeto de reflexión científica, y es motivo de movilización para una multiplicidad de instituciones y agrupaciones comúnmente llamadas “ambientalistas”. Biólogos, geógrafos, economistas, sociólogos, antropólogos, y militantes ambientales, podemos estar de acuerdo en que la crisis implica múltiples dimensiones: naturales, políticas, sociales, económicas, culturales, cognitivas, etc. Podríamos estar también de acuerdo en que la dimensión biológica o “natural” de la crisis ambiental no puede aislarse de cuestiones éticas y morales; que las decisiones políticas no pueden separarse de las económicas; que el arte tiene tanto para decir como la ciencia; que los problemas ambientales no pueden ser contenidos, ni mucho menos solucionados, por las políticas ambientales encerradas en las jurisdicciones de gobierno. En síntesis, que enfrentar la crisis ambiental contemporánea desafía cualquier tipo de fragmentación del problema porque es una crisis multidimensional y total. Es por ello que toda herramienta que nos permita concebirla y entenderla como una totalidad, puede ser útil al momento de pensar qué hacer y cómo.

Sin embargo, existen fuerzas que empujan hacia la dirección contraria y que, bajo la apariencia ilusoria de encarar la totalidad, proponen caminos muchas veces inconducentes o prácticamente intransitables. Se trata de formas imaginarias, pero con efectos concretos, de concebir la crisis ambiental y de proponer acciones que supuestamente evitarían una catástrofe global. Algunas de estas realidades imaginadas nos interpelan para tomar decisiones concretas en relación al ambiente y a la vida cotidiana. Por ejemplo, las propuestas de reducir nuestra huella de carbono. Otras, nos expulsan de todo ámbito de acción, negándonos de plano la posibilidad de intervenir, como sucede por ejemplo para los contextos en que se plantean soluciones ambientales apelando a la infraestructura y a la tecnología de grandes inversiones de capital.

Inspirándome en Karl Polanyi (1997), llamo “totalidades ficticias” a estas realidades imaginarias. En el presente artículo, mi objetivo es aportar algunas herramientas teóricas para su reconocimiento y desarticulación crítica, bajo el entendimiento de que la mirada holística de la antropología y de otras ciencias sociales, pueden ofrecer eficaces herramientas en este sentido. En definitiva, argumentaré que la teoría social y la antropológica en particular, son recursos

fundamentales –aunque no las únicas, por supuesto– para poder producir totalidades alternativas que nos permitan imaginar las transformaciones necesarias y así enfrentarnos a la crisis ambiental. En otros términos, la teoría puede ser un elemento fundamental para valorizar la acción política, ya que es un elemento clave de la producción de totalidades que permitan la realización de ese valor (cf. Graeber 2018).

En la primera parte defino con mayor concreción a qué me refiero con “totalidades ficticias”, sugiriendo algunos ejemplos contemporáneos. En la segunda parte, basándome en autores que han problematizado el concepto de totalidad, presento lo que considero los ejes teóricos fundamentales para la desarticulación crítica de aquellas totalidades ficticias. Luego recupero la noción de hecho social total de Marcel Mauss poniéndola en relación con lo tratado anteriormente, para así reflexionar sobre los aportes de la tradición antropológica a esta problemática. Para cerrar mi argumento, destaco tres de las posibilidades que se abren a partir de estas reflexiones teórico-críticas aplicadas a la crisis ambiental total y a sus ficciones.

### **Crisis ambiental y totalidades ficticias**

Considero necesario comenzar con aclarar que no me refiero a lo ficticio como sinónimo de lo falso, o a la ficción como algo referido a la acción de presentarlo como verdadero. Las totalidades ficticias deben ser entendidas en mi argumento como un movimiento análogo al que convoca una de las formas que adopta la figura retórica de la sinécdoque: la intención de presentar la parte por el todo.

Polanyi (1997) ya había notado estas ficciones. Desde su perspectiva, el sistema capitalista se sostiene como totalidad sobre la base de procesos, cosas y relaciones que son apropiadas como si fueran mercancías, pero que no pueden ni podrán jamás ser producidas como tales: el dinero, el trabajo, y la tierra o naturaleza en general. Dice Polanyi que es sobre la base de tal ficción –que nada tiene que ver con el fetichismo sino con las formas de apropiación– que se organizan las instituciones económicas modernas, siendo además que cualquier política que impidiese su realización,

“pondría *ipso facto* en peligro la autorregulación del sistema. La ficción de la mercancía proporciona por consiguiente un principio de organización de importancia vital que concierne al conjunto de la sociedad y que afecta a casi todas sus instituciones del modo más diverso” (Polanyi, 1997: 129).

Como se puede apreciar, la fuerza de estas ficciones no es despreciable: funcionan como principios de organización. La lucidez de Polanyi residió no sólo en descubrir esta ficción fundamental del capitalismo, sino también en encontrar que diversas expresiones de ella operan tanto a nivel del sistema como a niveles institucionales y en el plano concreto de la vida cotidiana. En otro pasaje, Polanyi las llama de otra manera, pero con la misma intención de dar cuenta de que se trata de elementos separados de la realidad tomados como si fueran el todo. Las denomina “hipótesis extraordinarias” sobre las que reposa la economía de mercado. Una de ellas es la siguiente:

“[la] economía de mercado es un sistema económico regido, regulado y orientado únicamente por los mercados. La tarea de asegurar el orden en la producción y la distribución de bienes es confiada a ese mecanismo autorregulador” (Polanyi, 1997: 122).

Como demuestra en su obra, el mercado fue históricamente sólo una parte de la realidad humana, y su argumento es que lo sigue siendo en el capitalismo, pero con la particularidad de que se presenta, sostenido por esta hipótesis extraordinaria, por esta ficción y aquellas otras, como si fuera una totalidad omnipresente y superabarcadora.

Hay instituciones y colectivos que han reconocido hace tiempo que una de las claves para enfrentar la crisis ambiental es la de romper con la ficción de la mercancía, y así dejar de tratar a

la naturaleza como un conjunto de valores de cambio. Polanyi diría que van por buen camino. Sin embargo, de aquella ficción nacen continuamente nuevas que, basadas en las mismas imaginaciones fundamentales, apuntalan o pretenden apuntalar sus principios epistémicos.

En este sentido, las soluciones a los problemas ambientales podrían resumirse considerando dos principios de organización típicos: por un lado, aquél que nos compele a imaginar que está todo en nuestras manos y en nuestras decisiones racionales individuales. Llamo a esta totalidad ficticia como basada en la perspectiva del consumidor responsable. Por otro lado, aquella que propone principios de organización tecno-científicos para enfrentarnos a la crisis, y que nos lleva a confiar en los expertos para que ellos piensen, imaginen y lleven a la práctica las soluciones últimas o los paliativos más efectivos. Es la totalidad ficticia que está basada en la perspectiva que podríamos llamar del tecnócrata, pero que también podríamos pensar como la perspectiva del astronauta: una perspectiva tan distante de la realidad cotidiana, que nos deja afuera de toda posibilidad de participar activamente y que, en definitiva, tal como la primera ficción, nos conduce a una parálisis teórica, imaginaria y política.

¿Cómo producir alternativas de pensamiento y acción? A continuación, me detengo en la descripción de una serie de totalidades ficticias que operan en el campo de las reflexiones sobre la crisis ambiental y que son representativas de los dos tipos que mencioné. Ambos tipos se basan, aunque de manera diferente, en la concepción individualista de la vida en sociedad. Una lo hace extendiendo la obligación de involucrarse a todos los seres humanos en tanto personas responsables, proponiendo así la ficción de que la transformación se logrará cuando podamos sumar significativamente, es decir, con efectos concretos sobre la realidad, nuestros comportamientos ambientalmente amigables. Esta suma, en definitiva, repercutirá en las instituciones y consecuentemente en la organización de nuestra vida en sociedad. Las otras perspectivas, la del experto - tecnócrata y del astronauta, lo hacen colocando la responsabilidad en individuos únicos que se diferenciarían del resto por sus capacidades de “ver” o “entender” los problemas sobre los cuales el resto deberíamos tomar conciencia, o ya sea por sus capacidades exclusivas de poder llevar a la práctica las soluciones. A continuación desarrollo más concretamente estas dos formas típicas. Ambas tienen en común el hecho de ser poco permeables a su cuestionamiento. Argumentaré que una manera de hacerlo es la de mostrar que se trata, justamente, de totalidades ficticias. Es decir, que toman la parte por el todo.

### ***El cambio está en cada quién: una suma de responsabilidades individuales***

Utilizar menos la secadora de ropa, mantener limpio el refrigerador, desplazarse en bicicleta, utilizar bolsas de tela y reducir la ingesta de carne vacuna, son algunos de los tantos consejos que circulan en los medios de comunicación y en las redes sociales dirigidos a todxs aquellxs que quieran transformarse en personas ambientalmente responsables. Se trata de acciones que implican “pequeñas” modificaciones en nuestra vida cotidiana, y la concepción que las sostiene es que la suma de todos nuestros comportamientos combinados, redundará en una baja significativa de emisiones de carbono, la principal causa considerada del calentamiento global. Así, al conjunto de estas acciones, junto con otras tantas, se las conoce públicamente como estrategias tendientes a reducir nuestra “huella de carbono”.

La reducción de esta huella es uno de los principales llamamientos a la responsabilidad ecológica y a la transformación de nuestra realidad con el objetivo de mitigar el calentamiento global. “Huella de carbono” es tanto una metáfora como un índice ampliamente conocido que refiere a la cantidad de energía que una persona utiliza, y el impacto que dicho uso generaría en el ambiente. Mientras más “profunda” la huella, mayor el impacto que refleja. Se mide generalmente en términos de la cantidad de dióxido de carbono que cada persona, institución o empresa emite al ambiente. Así, andar en bicicleta en vez de en automóvil, reduciría esta huella por razones que todo escolar sabe: el menor consumo de combustibles fósiles y la consecuente menor emisión que se lograría.

Se trataría de una elección, de una decisión que cada persona habría de tomar. Como decíamos, las expectativas de quienes se esfuerzan por reducir su huella y convencer a otros de que lo hagan está basada en la idea de que, si todos sumáramos nuestros esfuerzos, el calentamiento global

podría desacelerarse. Personas, instituciones y empresas, pero también gobernantes y funcionarios, en sus respectivos ámbitos de acción e influencia, deben tomar la decisión de hacerlo. La respuesta está allí, al alcance de la mano. Lo único que hace falta es dar el paso antes de que sea demasiado tarde.

Quien se considere sensible a las problemáticas ambientales, difícilmente podría estar en desacuerdo con estas ideas. Es incuestionable que algo hay que hacer, y que debemos tomar decisiones al respecto. Aparentemente no sería tan difícil, pues las alternativas se nos presentan a diario: caminar en vez de andar en bicicleta es aún mejor que reemplazar el auto por la bicicleta; comer nueces en vez de costillas de vaca sería ideal, y tener una huerta en casa es considerado por algunos como revolucionario. Se hace difícil negar estas verdades. Pero más allá de los límites respecto de las posibilidades objetivas de poder decidir o elegir, el tipo de racionalidad expresada implica la adecuación de medios alternativos para alcanzar un fin planteado está basado en una concepción individualista y mercantilista de la sociedad. Una de las cuestiones ideológicas más arraigadas en nuestro sentido común es justamente el hecho de que la sociedad es el resultado de la sumatoria de todos nuestros comportamientos individuales. Desde esta perspectiva, si lográramos que cada uno de nosotros pudiera reducir su huella de carbono a la mitad, adoptar un árbol o consumir no más de 50 litros de agua por día, ya tendríamos encaminada una solución al problema del calentamiento global.

De esta manera, la suma de nuestras decisiones racionales o de nuestras voluntades personales basadas en una responsabilidad ecológica bien entendida, será la clave del éxito de la humanidad en la lucha ambiental contra sí misma. Pensar de esta manera es aplicar la ficción más básica del mercado a las “soluciones” ambientales. Así, sobreponernos a la crisis ambiental no es más que una tarea posible por lo sencilla, pero nunca lograda porque no hay suficiente “voluntad de hacerlo”, y es por ello que no hemos llegado aún a la suma necesaria, a la masa crítica suficiente para el cambio. La ilusión de la participación, de las decisiones informadas y de la voluntad de cambio transformada en prácticas y acciones concretas, son parte de este convencimiento de que la lucha bien entendida por revertir el calentamiento global es la responsabilidad bien asumida a través de nuestras decisiones cotidianas.

### ***La visión del tecnócrata y del astronauta***

Actualmente existe cada vez mayor malestar alrededor de las grandes obras que pretenden paliar o revertir los problemas de la crisis ambiental. Las iniciativas de grandes represas y acueductos como soluciones a la escasez de agua, por ejemplo, provocan fuertes rechazos de las poblaciones locales y resistencias de los movimientos ambientales que son acompañadas generalmente con un reclamo por la participación en la toma de decisiones públicas. En Argentina, un caso reciente es un proyecto que el estado provincial cordobés<sup>1</sup> intenta imponer desde hace una década, y que implicaría construir un mega acueducto de provisión de agua desde el río Paraná. Originalmente lanzado en 2010,<sup>2</sup> el gobierno de la Provincia de Córdoba ha intentado llevarlo a la práctica sin éxito aún. En el año 2018 el costo de la obra fue estimado en unos 460 millones de dólares.<sup>3</sup> Se trata de una iniciativa fuertemente criticada y resistida por organizaciones locales que reclaman y proponen otro tipo de soluciones que enfatizan la participación activa de las comunidades en torno al cuidado de la vegetación nativa, la revalorización del paisaje, la reforestación y el control ambiental sobre la expansión urbana, minera y agrícola, aspectos que inciden en la crisis ambiental e hídrica de la Provincia (Koberwein, 2019). Más allá de los impactos ambientales de la obra misma, se considera que este mega-acueducto es sintomático de la planificación ambiental tecnocrática, que rechaza la participación ciudadana, impide el involucramiento de la población y las discusiones públicas, dejando las “soluciones” a merced de las grandes empresas, de los expertos ingenieros y de las abultadas inversiones de capital.

<sup>1</sup> Córdoba es una de las provincias más importantes de la República Argentina. Situada en la región centro, es la quinta provincia más extensa del país. Su capital es la segunda ciudad con mayor cantidad de habitantes, luego de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, capital de la Argentina.

<sup>2</sup> [http://archivo.lavoz.com.ar/nota.asp?nota\\_id=445751](http://archivo.lavoz.com.ar/nota.asp?nota_id=445751)

<sup>3</sup> <https://www.eldiariodecarlospaz.com.ar/provincial/2018/10/23/cordoba-recibira-agua-del-rio-parana-58990.html>

Mi intención no es aquí avanzar casos concretos, sino la de encontrar la epistemología común de este tipo de totalidades ficticias. Otra variante de este tipo de totalidades ficticias es la que se basa en considerar a nuestro planeta como si fuera una “nave espacial” que los seres humanos estaríamos tripulando. Construida sobre unas bases epistémicas aparentemente muy diferentes a las de las soluciones tecnocráticas, se trata sin embargo de una metáfora que conlleva las mismas características e implicancias: la negación de la participación de la gran mayoría, la exclusividad de la participación de los expertos, técnicos e ingenieros y la inaccesibilidad de la mayoría al conocimiento necesario para la búsqueda de soluciones o la toma de decisiones colectivas.

Si bien la metáfora de la nave-tierra no es nueva, hoy se usa con renovados sentidos sin que nos hayamos despegado de los viejos. Fue acuñada por el economista Kenneth Boulding (1966), y fue usada de diversas maneras para alertar sobre el oscuro futuro de la humanidad en relación al uso que le damos al planeta que habitamos, específicamente al mal uso de nuestros recursos naturales finitos. Si bien con ligeras variantes, la metáfora fue utilizada también en este sentido por autores prominentes como Bukminster Fuller (1969) e Isaac Asimov (1974).

Se trata de una idea neo-malthusiana elaborada para alertarnos frente a la relación entre los recursos finitos del planeta y la sobrepoblación, idea que contiene un llamamiento a la reforma mundial de nuestros pensamientos y formas de producir que conduzca a la gestión racional de la escasez de recursos planetarios. Hija del contexto de la carrera espacial de los años 60 del siglo XX, parecería que la metáfora renueva su fuerza en momentos en los cuales las naves espaciales toman nuevamente protagonismo, aunque esta vez de la mano de una carrera entre magnates privados, y no de bloques mundiales que compiten por la supremacía global. Sea como fuere, la idea hoy se encuentra renovada. Su fuerza proviene del hecho de que propone una mirada a tal punto fragmentada y exteriorizada, que excluye imaginariamente a cada uno de nosotros de la posibilidad de decir algo respecto de la crisis ambiental; y ello es así dado que es, figurativa y literalmente, la mirada del astronauta que se va, toma distancia, mira desde el espacio sideral, “descubre” cosas, aunque más no sea una forma de mirar, para luego volver y contarnos qué vio y por qué es urgente que nos involucremos.

El nuevo embajador de buena voluntad de la FAO tiene la misión de concientizarnos sobre el cambio climático. Es astronauta y, según su propio relato, se dio cuenta “allá arriba” de que había que hacer algo para salvar a nuestro planeta. Al respecto, en el sitio web de la FAO, puede leerse lo siguiente:

“La Tierra es nuestra nave espacial, y tenemos recursos limitados a bordo. Debemos utilizarlos de forma inteligente. Como nuevo Embajador de Buena Voluntad de la FAO, el astronauta francés Thomas Pesquet nos ayuda a difundir este mensaje”.<sup>4</sup>

Si uno sigue el mensaje completo desde el sitio web, se hace evidente de que no se trata de un relato individual o de una ocurrencia del mismo embajador, sino de un guión institucional que utiliza la figura del astronauta como expresión de la mirada experta, autorizada, generando incluso una suerte de efecto de incuestionabilidad, dado que la autoridad del “haber estado allí” y del conocimiento obtenido, no puede ser sometida a discusión tan fácilmente, salvo por otro astronauta.<sup>5</sup> Tal vez sea por ello que un reconocido astrónomo comentaba lo siguiente en una reciente nota de opinión:

“cada ser humano debería poder viajar al espacio al menos una vez en su vida para apreciar el maravilloso planeta en el que vive y así comprender que hay que mantener, asear, y utilizar con mesura nuestra nave. [...] O quizás

<sup>4</sup> Ver el relato completo en: <http://www.fao.org/fao-stories/article/es/c/1395948/>

<sup>5</sup> Quienes estén informados sobre la historia del método en antropología, notarán la similitud de este movimiento en relación a la clásica “autoridad etnográfica” desplegada por los antropólogos de la primera mitad del siglo XX (Véase Clifford 2016: 39 y ss.).



necesitamos sentir un poco de vértigo, miedo a la asfixia, de quedarnos sin una atmósfera decente que respirar. Necesitamos reaccionar ante el daño que nos causamos a nosotros mismos y a quienes nos reemplazarán”.<sup>6</sup>

Así, se nos sugiere que es prácticamente imposible conocer realmente qué está pasando. Si la solución (aunque sea retórica) al conocimiento de la totalidad es que todos viajemos al espacio, lo que se está comunicando es, en definitiva, una imposibilidad, una exclusión, una prohibición de hecho. ¿Quién puede hacerlo? Sólo unos pocos entrenados y elegidos. Si conocer implica viajar al espacio, en la vida real lo único que nos queda es quedarnos en casa, y mirar expectantes al cielo esperando la llegada de las noticias astronáuticas que nos actualicen las últimas novedades de cómo estamos aquí abajo. Lo curioso de esta imagen se nos revela cuando la ampliamos: si todos los seres humanos viajáramos al espacio en las condiciones técnicas y tecnológicas actuales al menos una vez, consumiríamos tantos recursos, que deberíamos tener visto un planeta nuevo a donde mudarnos a la vuelta del último de los viajeros espaciales.

A continuación recorro a un corpus teórico que permita generar una sólida base para una mirada crítica sobre estas ficciones. Los enfoques que han problematizado la idea de totalidad en ciencias sociales son un buen punto de partida. En este sentido, la pregunta a resolver sería: ¿cómo podemos explicar y comprender la crisis ambiental como una crisis total? Sostengo que el intento de responder esta pregunta (siempre abierta) nos conducirá hacia la posibilidad de generar tal mirada crítica, para así poder reconocer estas ficciones exteriorizantes que plantean la imposibilidad de conocer e intervenir activamente sobre el mundo.

### **La crisis ambiental como crisis total**

La crisis ecológica, decía Castoriadis (1997), implica a la totalidad de la vida social. “Decir que hay que salvar al medio ambiente es decir que hay que cambiar radicalmente el modo de vida de la sociedad [...]. No es nada menos que *la* cuestión política, psíquica, antropológica, filosófica que se plantea, en toda su profundidad, la humanidad” (Castoriadis, 1997: 89-90). También decía que la crisis de la sociedad contemporánea es una crisis de “identificación” en la que aquellas significaciones que mantenían a la sociedad unida ya no cumplen su papel; es decir, una crisis que se nos revela en el debilitamiento y la dislocación de los espacios productores de totalidades sociales. Se sigue de este razonamiento que, frente a una crisis total como lo es la crisis ambiental, estamos desamparados, en tanto que “ya no existe ninguna totalidad de significaciones imaginarias sociales o no emerge ninguna que pueda hacerse cargo” (Castoriadis, 1997: 157).

Desde otro punto de vista, Eric Swyngedow (2011) proclama que la naturaleza “no existe”, advirtiendo así sobre la expulsión de la idea de “naturaleza” del universo de la política y su concomitante función despolitizadora y desmovilizadora. En este marco, la llamada sustentabilidad ambiental, afirma, invoca cierta visión trascendental de la Naturaleza que se ha desajustado y “requiere ser re-equilibrada, un procedimiento que re-equilibraría, a su vez, el orden social” (Swyngedow, 2011: 43). Se desprende de ello que el llamado a la sustentabilidad anula imaginariamente el entendimiento de la agencia humana en la producción y reproducción del dominio de “lo social”, una anulación que aquellas totalidades ficticias que hemos relevado reflejan. También Tim Ingold (2011) y Bruno Latour (2017) advierten fenómenos similares. El primero, al afirmar que este tipo de ideologías nos han convertido en lo que él llama “exhabitantes” de nuestro mundo; se nos ha expulsado, y ya no podemos relacionarnos con él y ni siquiera con nuestro entorno inmediato. El segundo, al recordar que continuaremos alienados de la posibilidad de intervenir en la crisis ambiental si no cambiamos radicalmente la manera de enfocar el asunto: esto es, apoyándonos en la política tanto como en la ciencia o, mejor dicho, aceptando finalmente que lo científico es político.

Lo que estos autores afirman desde la teoría se expresa permanentemente en la acción de una gran cantidad de colectivos que participan activamente de la lucha ambiental. Se trata, en definitiva, de la posibilidad y el intento efectivo de crear nuevas relaciones sociales que sean

<sup>6</sup> <https://www.diarioconcepcion.cl/opinion/2020/03/19/una-nave-espacial-llamada-tierra.html>

capaces de oficiar como medios de producción de totalidades alternativas que, no por tener un componente imaginario, deban ser consideradas como menos “reales”. Godelier (1989) decía que nuevas relaciones sociales no pueden surgir más que si son pensables y consideradas como posibles en virtud de objetivos formulados y, en este sentido, está de acuerdo con Castoriadis (1997) en ponderar lo imaginario como una dimensión constitutiva de la producción y reproducción de la vida en sociedad. Así, la teoría puede volver a ser parte de un mundo creador de alternativas, antes que un permanente recordatorio de que ya nada tiene un anclaje significativo, que la sociedad humana va en camino hacia el colapso total, y que nuestra especie ya vislumbra el umbral del punto de no retorno que la llevará a la extinción.

La negatividad fue suficiente. Aunque no fue del todo inútil si la pensamos, como lo hace Dussel (2007: 56), en términos de un “paso necesario para poder imaginar creativamente su posible superación”. La ecológica es, dice el filósofo en otro lado, una de las sub-esferas que “determinan la esfera material de la política” cuya urgente atención se impone como una obligación de cumplimiento nunca antes tan perentorio, aunque atado indefectiblemente a un cambio de pensamiento y acción: “¡Debemos en todo actuar de tal manera que la vida en el planeta Tierra pueda ser una *vida perpetua!*” (Dussel, 2010: 115). Esta “sub-esfera” ecológica de la política, dice Dussel, no puede pensarse aislada de lo económico, de lo social, de lo político y de lo vital:

“el sistema capitalista se ha transformado en el peligro supremo, tanto ecológico como social: [...] ¡Debemos imaginar nuevas instituciones y sistemas económicos que permitan la reproducción y crecimiento de la vida humana y no del capital! Esas alternativas deberán crearse en todos los niveles institucionales y con la ayuda de todo el pueblo” (Dussel, 2010: 116).

En una línea muy similar, Bartra (2013) dice que vivimos actualmente una gran crisis multiforme, “y su abordaje demanda fenomenologías críticas cuya elaboración requiere un trabajo colectivo” (2013: 26-27). Se refiere así a algo mucho más amplio que la crisis ambiental: a una crisis que él llama civilizatoria, compuesta de múltiples dimensiones: la dimensión medioambiental, la energética, la dimensión alimentaria, la crisis migratoria, la dimensión política, la dimensión bélica, la sanitaria y la dimensión económica. A través de un agudo análisis, Bartra desarticula críticamente la idea de que esta crisis pueda reducirse a una o incluso a un par de dimensiones, como suele hacerse al considerarla no más que como un crisis institucional, económica o política. Independientemente de lo que, a su juicio, implica cada una de las diversas expresiones de la unidad o totalidad, Bartra insiste en que cada dimensión no puede entenderse separada de las demás. Pero deja también en claro que un abordaje multidimensional no esclarece el fondo de la cuestión. Es decir, no despeja el complejo entrelazamiento de fuerzas y estructuras que dan forma a esta crisis; sin embargo, afirma, es preferible pensar en términos de una multidimensionalidad, a que cada disciplina se encierre en su propio entendimiento de la parte que le toca.

Ahora bien, varias de las diferentes dimensiones que Bartra menciona podrían fusionarse como dimensiones ambientales, si es que tomamos la idea de ambiente en su sentido más amplio: la relación del ser humano con el entorno que habita. Pero no quiero entrar en el juego intelectual de discutir cuáles son las “partes” de la totalidad según cada mirada, porque sería encarar lo contrario a lo que quiero plantear. Simplemente menciono esto en virtud de destacar aún más, si es que hace falta, la importancia de entender lo ambiental como una totalidad, como una crisis total. Desde ya, como afirma Bartra, hay que pensar en la multidimensionalidad primero, y ello implica cierto nivel de fragmentación. El verdadero problema es el de tomar la parte por el todo. Y en esto mismo, como vimos, se basan las totalidades ficticias.

Como puede apreciarse, la imagen del todo prevalece en la filosofía de Dussel (2007, 2010), en las concepciones sobre la constitución de lo social de Castoriadis (1997) y Godelier (1989), en la propuesta de Ingold (2011) tanto como en las de Latour (2017) y Bartra (2013). El punto que quiero destacar es que estamos tratando no sólo con propuestas analíticas, sino fundamentalmente con un conjunto de reflexiones incrustadas en muchos de los llamamientos a



la acción práctica y política en el marco de la crisis ambiental mundial: parece que debemos volver hacia el lugar del que se nos han expulsado, unir lo que ha sido separado (máxima que incluye la de recuperar lo que nos han quitado), y crear nuevas instituciones así como nuevas formas de pensar. Y lo más importante de todo, pensar y hacer esto en términos de una totalidad multidimensional, en un esfuerzo colaborativo y conjunto de las colectividades y los pueblos, desplegando todas las formas del pensar creativo que tengamos a nuestra disposición.

Pero ¿qué es la totalidad? ¿Es algo que está ahí y que no vemos, pero podemos reconstruir con el pensamiento? Esto pensaba Marx. ¿Es algo que es resultado de la imaginación o lo imaginario? Esto también lo pensaba Marx, y luego también Castoriadis así como Godelier, como mencionábamos recién. Entonces, ¿es algo que construye el analista o es una propiedad de lo real? Esta pregunta se la hizo también David Graeber (2018) pensando en lo que habían dicho Marcel Mauss y Karl Marx, que afirmaban que la totalidad era ambas cosas a la vez, y que podía ser abordada desde diferentes planos, con diferentes alcances e implicaciones, dependiendo de la posición de la mirada y del nivel de generalidad y abstracción de nuestras reflexiones. Los seres humanos no nos contentamos con vivir en sociedad, decía Godelier (1989), producimos la sociedad para vivir. Esta producción es el proceso de totalización por excelencia. Sin embargo, esta idea no es operativa sino a un nivel de abstracción demasiado grande. ¿Cómo concretizarla?

Bajo estos interrogantes y preocupaciones, lo que sigue es una aproximación más al problema de cómo lidiar, desde la antropología, con la totalidad (y sus diferentes modos de expresión), de manera tal que podamos aportar al entendimiento de una crisis ambiental que es significada como si fuera, justamente, total: una crisis a nivel planetario, global, que pone en riesgo no sólo a la especie humana sino a la totalidad de la vida, y que implica dimensiones éticas, morales, económicas, biológicas, políticas, culturales, sociales. Desde una disciplina atravesada por la fragmentación teórica y epistemológica como lo es la Antropología, la lectura contemporánea de un autor clásico nos puede orientar en la búsqueda. Sobre la base de lo dicho, exploraremos a continuación los conceptos de totalidad y de hecho social total de Marcel Mauss.

### **Totalidad y hechos sociales totales**

Un lugar común para comenzar a reflexionar sobre el concepto mausseano de hecho social total es su aclamado *Ensayo sobre los Dones*. Si bien no es allí donde su formulación adquiere la sistematicidad que haya podido alcanzar, sino en un artículo publicado un año más tarde – *Relaciones reales y prácticas entre la sociología y la psicología* –, la bibliografía actual que intenta aplicar sus ideas a casos empíricos gira, en su gran mayoría, en torno al *Ensayo*, texto en el cual Mauss concibe a la pluridimensionalidad de los hechos sociales totales como una de sus características definitorias. La fertilidad de este concepto, sin embargo, no puede reducirse a ello, dado que se trata de algo más complejo que la evidencia de la articulación de diferentes órdenes de la vida social. Tal era, para Mauss, su definición heurística (Gofman, 1998. Passeron, 2011). Por lo tanto, para una cabal comprensión de qué son los hechos sociales totales, cabe explorar una noción preexistente en Mauss: la de totalidad.

Ya en obras tempranas, insiste en destacar un elemento clave del tratamiento analítico de la totalidad: la necesidad de una estrategia de pasos sucesivos de aproximación hasta lograr una visión de conjunto, una visión total. La totalidad, por ende, no es abarcable en un sólo movimiento, sino a través de múltiples acercamientos y cambios en la posición de la mirada. El analista puede comenzar desde los aspectos jurídicos de la vida social, o de los políticos, tal vez desde los económicos, no importa el punto de partida.<sup>7</sup> En cada trabajo, Mauss parte desde puntos muy disímiles, dependiendo del problema a resolver y del objeto a estudiar.

Se nos revela así que la totalidad es aprehensible a través de una construcción analítica que, basada en su fragmentación, parcialización, quedará reconstituida luego de la identificación de las conexiones entre sus diferentes fragmentos (cf. Turner, 1989). Así, la totalidad es tanto “real” como un producto del pensamiento. En este sentido, si la totalidad es una construcción analítica,

<sup>7</sup> Aquí reside la principal diferencia con la noción de totalidad marxiana: en el método y las formas de abordarla, no en su estatus epistemológico central.

también los hechos sociales totales deberían serlo. Aunque es cierto que Mauss no problematizó la naturaleza construida de los hechos por parte del investigador, su pensamiento anticipa la posibilidad de pensarlos de esta manera (Kasuga, 2010). Pero, en definitiva, los hechos sociales así como la totalidad (y por ende los hechos sociales totales) observaban, para Mauss, una existencia positiva, real, aunque oscura, y de allí la necesidad de una sociología o una antropología que los revele. En ciertas circunstancias, la totalidad se nos presenta a la observación erudita (es decir, luego de la implementación de aquellas aproximaciones analíticas sucesivas) como hechos o fenómenos sociales totales, en donde:

“todo queda mezclado, todo cuanto constituye la vida propiamente social [...] [Se trata de fenómenos en los cuales] se expresan a la vez y de golpe todo tipo de instituciones: las religiosas, jurídicas, morales –en éstas tanto las políticas como las familiares– y económicas, las cuales adoptan formas especiales de producción y consumo o mejor de prestación y de distribución y a las cuales hay que añadir los fenómenos estéticos a que estos hechos dan lugar, así como los fenómenos morfológicos que estas instituciones producen” (Mauss, 1971a: 157).

Este es uno de los pasajes más citados cuando se quiere hacer referencia a las palabras de Mauss al momento de definir los hechos sociales totales. Se trataría de fenómenos que combinan y amalgaman lo que se presentaría como separado. En este sentido, un hecho social total es algo más complejo que la evidencia de la articulación de diferentes instituciones u órdenes de la vida social.

Pero el concepto no puede reducirse a la ingenua idea de que “todo está en todo” (cf. Wendling, 2010: 89; Passeron, 2011: 440). En rigor, concebir al hecho social total exclusivamente en su condición pluridimensional sería quedarse atrapado en su definición heurística (cf. Gofman, 1998; Passeron, 2011). En su sentido heurístico, los hechos sociales totales “son medios para descubrir otros hechos, anteriormente desconocidos” (Gofman, 1998: 63), dado que nos obligan a ir siempre más allá de donde tenemos focalizada la mirada. Si estamos tratando con fenómenos económicos, por ejemplo, la pregunta heurística obligatoria es: ¿cómo podemos analizar esto en términos políticos?, y así sucesivamente: ¿cómo podríamos analizar esto en términos culturales, morales, estéticos, etc.?

Pero la productividad del concepto de “hecho social total” no se agota allí. Las reflexiones de Mauss tienen un alcance teórico mayor en relación a una cuestión que raras veces es ponderada en todas sus implicancias, y que se desprende de aquél pasaje célebre antes citado. Me refiero a la última frase: “así como los fenómenos morfológicos que estas instituciones producen”, que nos indica que los hechos sociales totales son fenómenos productivos, creadores.

En este sentido creativo, sobresalen dos elementos clave sobre los cuales Marcel Mauss enfatiza insistentemente: la noción de alianza y la idea de que un hecho social total sólo es aprehensible en lo que llama el movimiento vital de la sociedad. Esto es, en las dinámicas y los movimientos, en los flujos y las temporalidades o, como nos recuerda Bourdieu (2007), en el ritmo, en el *tempo* de la creación de vínculos y relaciones sociales que serán más o menos duraderas, pero siempre con intenciones permanentes. Así, la alianza, o lo que Mauss también denomina “asociaciones”, se vuelve un elemento central de la noción de hecho social total. Sobre todo, porque el concepto de alianza nos permite incorporar un elemento clave que la noción durkheimiana de “cohesión social” no ofrece: el de la intencionalidad y la voluntad de los actores en interacción y relación, brindándonos así la posibilidad de pensar, además de que los hechos sociales son creadores, que son socialmente producidos, aun cuando Mauss no lo haya puesto en estos términos:

“todo tiene lugar durante las asambleas, ferias y mercados o al menos durante las fiestas que se celebran. Todos estos actos suponen congregaciones. [...] Son pues, algo más que un tema, algo más que los elementos de unas instituciones o que una institución compleja, que un sistema de instituciones divididas por

ejemplo en religión, derecho, economía, etc. Son un ‘todo’, sistemas sociales completos, cuyo funcionamiento hemos intentado descubrir” (Mauss 1971a: 259-260).

Lo que Mauss sí explicita claramente, como vimos, es el carácter productivo, es decir, creativo, de los hechos sociales totales, y es por ello que afirmaba que:

Los fenómenos sociológicos son fenómenos vitales, y por lo tanto la sociología y la psicología forman parte de la biología. [...] La sociología, como la psicología humana, forma parte de esa parte de la biología que es la antropología, considerada como la reunión de todas las ciencias que se ocupan del hombre como ser vivo, consciente y sociable (Mauss, 1971b: 269).

Y es también en este sentido que son “totales”, pues se infiere que intervienen en la producción de sociedad, cuestión que implica una concepción que nos aleja de la idea de una totalidad exterior y coercitiva del tipo durkheimiano. Es decir, los fenómenos sociológicos no deben ser tratados como si fueran “cosas”, sino que deben ser considerados, a juicio de Mauss, como relativos a la acción de seres humanos concretos y socialmente situados en su mutua relación, independientemente de si la relación es cooperativa o competitiva (o cualquier otro dualismo típico que se nos ocurra), dado que son simultáneamente lo uno y lo otro, tal como Mauss insiste reiteradamente en su célebre *Ensayo*. En otro lugar, afirma al respecto que,

“Una sociedad se define en el tiempo, en el movimiento y en el espíritu, contrariamente a un organismo, al que un corte inmovilizador le aísla un tejido o cuya anatomía reseque un órgano. Incluso su estructura material está hasta tal punto en perpetuo cambio, [...] que querer separar este movimiento de esa estructura, esta anatomía de esta fisiología sería pretender quedarse en la abstracción pura” (Mauss 1972: 129).

La idea de proceso vital está lejos de ser pensada en relación a la metáfora organicista de lo social, y más cerca de la idea de proceso continuo, abierto y creativo. Mauss está tan lejos de las ideas organicistas como de la concepción de que la totalidad es algo que se le impone al individuo desde un exterior. Se trata, más bien, de proyectos de vida, de voluntades y de objetivos definidos socialmente, como tan cabalmente interpretó David Graeber (2018) en su lectura de Mauss. Así, la totalidad no es algo superabarcativo, como nos advierte Wolf (2000), y la vida social es concebida, desde esta perspectiva, siempre en movimiento, en su dinámica. En este sentido, lo total, la totalidad, es una noción analítica “para asir un estado permanente del devenir” (Kasuga, 2010: 103).

No podemos olvidar que un elemento clave del concepto de hecho social total es que involucra fenómenos de orden simbólico, y que en dicho carácter reside un componente fundamental, aunque de ninguna manera exclusivo, de la explicación de su condición de “totales”. En este sentido, Passeron (2011) afirma que el interés del concepto reside en que nos asigna la tarea de identificar los valores, expresados en símbolos nodales, que desempeñan en la sociedad un papel privilegiado y que son:

“capaces de anudar de manera inteligible y coherente descripciones desarrolladas en niveles diferentes de la vida social, desde el más morfológico hasta los más complejos en los simbolismos de la abstracción o del imaginario” (Passeron, 2011: 441).

Como fenómeno socio-vital, simbólico e imaginario, un hecho social total no se reduce a una simple amalgama de dimensiones o esferas del dominio humano. Como hecho creativo y productivo es una suerte de totalización, de acto colectivo que, por lo tanto, puede ser voluntario

y planificado y, por supuesto, obligatorio e interesado en términos políticos tanto como económicos, etc. Pero como Mauss ya nos advertía en su *Ensayo*, el interés del que se trata es uno que se aleja de las connotaciones utilitaristas del interés egoísta. Así, Mauss pondera la coexistencia, para nuestra sociedad, de un conjunto de “intereses” alternativos y diversos que, aunque podamos decir que uno de ellos sea el dominante, tienen todos un denominador común: el de ser relativos a objetivos definidos colectivamente, y que dichos intereses sólo toman sentido en relación a esos objetivos, y no en una supuesta “esencia” humana como pretende, ficticiamente, la noción de interés del utilitarismo.

### Una síntesis de posibilidades

Recorriendo los caminos señalados por Marcel Mauss, sostuvimos que la totalidad se nos puede aparecer como el resultado de una producción, de una creación social, y que los hechos sociales totales inauguran y catalizan procesos creativos que pueden llevar a diferentes direcciones dado su carácter dinámico y abierto. Así llegamos a ponderar la noción de alianza como clave en relación a lo social, rechazando la idea de exterioridad y los enfoques utilitaristas. Finalmente, ponderamos lo que sostenemos es el principio fundamental de la antropología de Marcel Mauss, que es su entendimiento de “lo social” como proceso vital.

Creo que, bajo las premisas expuestas, caben algunas posibilidades para pensar (seguir pensando, mejor dicho) la crisis ambiental, pudiendo intuir también algunas ramificaciones que puedan crecer desde allí para nutrir una *praxis* que ponga a prueba esta misma síntesis teórica que hemos expuesto. El espacio y el tiempo son tiranos, así que nos detendremos sólo en algunas de estas posibilidades.

En primer lugar, la concepción de que los procesos sociales son procesos vitales es de importancia cardinal para concebir lo social en relación al entorno, al ambiente o la ecología. Esta concepción refuerza la idea actualmente instalada de que un problema eco-lógico es, al mismo tiempo, y por la misma razón, un problema socio-lógico, bio-lógico, antro-po-lógico, etc. En este sentido, por ejemplo, la idea de problemas o crisis “socio-ambientales” es coherente con esta concepción, pero generalmente se la entiende en términos de relaciones causales: el impacto que el ser humano realiza sobre la naturaleza, y las consecuencias que ese impacto, considerado como destructivo genera, a su vez, en la sociedad en general o en ciertos sectores en particular. No creo que haya que descartar el lenguaje causal, porque de hacerlo desterraríamos toda posibilidad de asumir, asignar o reclamar responsabilidades, (Koberwein y Zenobi, 2021). Sin embargo, el lenguaje de las causas y la política de la causalidad podría compartir su protagonismo para volverse una posibilidad más dentro de un campo mucho más general y total de acción. Si bien se ha relevado actualmente como un ámbito muy efectivo para lograr objetivos inmediatos de luchas concretas, si sólo nos concentramos en el derecho, que pondera el lenguaje de las causas técnicas y de las responsabilidades legales, estamos dejando abiertos un sinnúmero de otros frentes.

En segundo lugar, aunque no menos importante, la cuestión de la alianza apunta directamente a la dimensión política y creativa, porque estamos en el nivel de lo concreto, el de los seres humanos interactuando y produciendo la política por medio de la creación de alianzas, pensando en sus posibilidades y definiendo objetivos colectivos y condiciones para la acción. Aun cuando se trate de asociaciones temporarias en pos de un objetivo particular como el de frenar la aprobación de una ley, impedir el trazado de una ruta, frustrar la apertura de una mina o la instalación de una planta productora de agroquímicos, el acto creativo de establecerlas es un acto mismo de totalización.

La importancia de las alianzas se nos revela si observamos algunos de los diferentes conflictos que movilizaron a la militancia ambiental en el pasado y también recientemente. Aquellos que han logrado sus objetivos al menos en parte, han resultado de asociaciones entre diferentes sectores sociales, y no necesariamente de la acción única y unívoca de sectores “ambientalistas”, como se los suele llamar. Al menos en Argentina, diez años atrás muy pocos partidos políticos o movimientos de base tenían algún componente ambiental en sus proyectos u organización interna. Hoy en día pocos no lo tienen. Esto es, justamente, una forma de unir lo que estaba separado, que es la esencia misma de la noción de alianza y del acto de crearlas. Es el resultado a largo plazo de

la lucha ambiental. Por lo tanto, como decíamos, pueden ser tratados como actos tendientes a la totalización, a la creación de totalidades. Y sólo en alianza, sugiero, son efectivas la tercera y la cuarta posibilidad.

La tercera posibilidad que esta síntesis teórico-epistemológica habilita para la reflexión es la de comenzar a reconocer las “totalidades ficticias” que contaminan cualquier pensamiento crítico que pueda avanzar respecto de qué hacer *en* (más que “con”) esta crisis mundial. Polanyi (1997) advertía que estas ficciones determinaban nuestra vida en forma total, y ello nos da el pie para pensar, justamente, en la existencia de totalidades ficticias que, como se deduce del razonamiento de Polanyi, son en rigor “partes” totalizadas. Es decir: el sistema “funciona” tomando sus partes como la totalidad. Así, por ejemplo, la idea de “desarrollo sustentable” es una ficción totalizante, y es objeto de críticas desde hace tiempo. Pero me referí también a otras formas, que pasan más desapercibidas y que a primera vista parecen no tener incidencia alguna en la manera en que pensamos la crisis, como las ficciones del consumidor ecológicamente responsable y las del astronauta.

Invitándonos a la participación activa, consciente y voluntaria, a la responsabilidad, a transformarnos a nosotros mismos, a cambiar nuestros hábitos, la ficción del consumidor responsable enmarca nuestra acción en un mundo de esperanzas de cambio, al mismo tiempo que oculta procesos que exceden las acciones y las posibilidades de muchos. En ocasiones es imposible elegir, decía Polanyi. ¿Y entonces qué?

La ficción del individuo ambientalmente responsable contrasta en varios puntos con la del tecnócrata/astronauta. Podríamos incluso decir que el contraste nos revela una típica inversión estructural lévi Straussiana entre ambas ficciones. Si la primera fomenta y apela a la participación, a la voluntad y a la información o a la educación del ciudadano para que éste pueda tomar decisiones ambientalmente racionales, la segunda anula e impide la participación, ignora las voluntades, y considera al “ciudadano” como ajeno a la posibilidad de alcanzar los medios necesarios para aportar al cambio y la transformación. Existen infinidad de variantes de esta ficción, pero todas ellas tienen como elemento común: la clave tecnológica. Esto es, el uso de la tecnología de grandes inversiones de capital como medio necesario para alcanzar los objetivos. Se trata de un mundo que es controlado exclusivamente por los inversionistas, los funcionarios y por los expertos, quienes toman las decisiones por el resto. En este sentido, se trata de ficciones que anulan la transformación y la participación, salvo que nos quedemos en casa tomando decisiones ambientalmente racionales siguiendo un catálogo de consejos prefabricados, o que nos pongamos el casco y nos subamos a un cohete.

## Bibliografía

- Asimov, I. (1974). *Earth: Our crowded spaceship*. New York: John Day Co.
- Bartra, A. (2013). Crisis civilizatoria. En R. Ornelas (coord), A. Bartra, A. E. Ceceña, G. Esteva, & J. Holloway, *Crisis civilizatoria y superación del capitalismo*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Económicas.
- Boulding, K. E. (2011). The Economics of the Coming Spaceship Earth. En *Environmental Quality in a Growing Economy. Essays from the Sixth RFF Forum* (pp. 3-14). Washington, D.C.; London: RFF Press.
- Bourdieu, P. (2007). La acción del tiempo. En *El sentido práctico*. Bs. As: Siglo XXI.
- Buckminster Fuller, R. (1969). *Operating Manual for Spaceship Earth*. New York: Simon and Shuster.
- Castoriadis, C. (1997). *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: Eudeba. <https://doi.org/10.5347/01856383.0043.000172810>
- Clifford, J. (2016). *Dilemas de la cultura: Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Dussel, E. (2007). *Materiales para una política de la liberación*. México: Plaza y Valdés.
- Dussel, E. (2010). *20 tesis de política*. Caracas: Fundación Editorial el Perro y la Rana.
- Godelier, M. (1989). *Lo Ideal y lo material. Pensamiento, economías, sociedades*. Madrid: Taurus.
- Graeber, D. (2018). *Hacia una teoría antropológica del valor. La moneda falsa de nuestros sueños*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Gofman, A. (1998). A vague but suggestive concept: The ‘total social fact’. En W. James y N. J. Allen (Eds.), *Marcel Mauss: A centenary tribute* (pp. 63-70). New York: Berghahn. <https://doi.org/10.2307/j.ctv287sjvt.8>



- Koberwein, A. (2019). Temporalidades e incertidumbre en el contexto de una crisis hídrica en la provincia de Córdoba, Argentina. *Astrolabio* 23 (pp. 266-293). <https://doi.org/10.55441/1668.7515.n23.20694>
- Koberwein, A. y Zenobi, D. (2021). Cuando la tragedia se vuelve masacre y la catástrofe, ecocidio. La responsabilidad frente a los procesos críticos. *Crítica y Resistencias*. N°13 (pp. 198-217).
- Ingold, T. (2011). *Being alive: Essays on movement, knowledge and description*. Londres; Nueva York: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203818336>
- Kasuga, N. (2010). Total social fact: Structuring, partially connecting, and reassembling. *Revue du MAUSS*, (36), 101-110. <https://doi.org/10.3917/rdm.036.0101>
- Latour, B. (2017). *Cara a cara con el planeta: Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*.
- Mauss, M. (1971a) [1923-24]. Ensayo sobre los dones. Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas. En *Sociología y antropología* (pp. 153-263). Madrid: Tecnos.
- Mauss, M. (1971b) [1924]. Relaciones reales y prácticas entre la sociología y la psicología. En *Sociología y antropología* (pp. 265-288). Madrid: Tecnos.
- Mauss, M. (1972) [1927]. Divisiones y proposiciones de las divisiones de la sociología. En *Sociedad y ciencias sociales. Obras III* (pp. 103-162). Barcelona: Barral.
- Passeron, J. C. (2011). *El razonamiento sociológico: El espacio comparativo de las pruebas históricas*. Madrid: Siglo XXI.
- Polanyi, K. (1997). *La gran transformación: Crítica del liberalismo económico*. Madrid: Endymión.
- Swyngedow, E. (2011). ¡La naturaleza no existe! La sostenibilidad como síntoma de una planificación despolitizada. *Urban*, (1), 41-66.
- Turner, T. (1989). Agnostic Exchange: Homeric Reciprocity and the Heritage of Simmel and Mauss: A Commentary. *Cultural Anthropology*, 4(3), 260-264. <https://doi.org/10.1525/can.1989.4.3.02a00020>
- Wendling, T. (2010). Us et abus de la notion de fait social total. *Revue du MAUSS*, (36), 87-99. <https://doi.org/10.3917/rdm.036.0087>
- Wolf, E. R. (2000). *Envisioning power: Ideologies of dominance and crisis*. Berkeley: Univ. of California Press. <https://doi.org/10.1525/9780520921726>

